

Sobre el uso de la lengua en la escritura por Pablo Ingberg

Luego de mandar a procesar los originales de su última novela, que él había escrito en una procesadora de palabras (eufemismo por computadora u ordenador), se jactaba Gabriel García Márquez de no haber empelado en esa obra, *El general en su laberinto*, ni un solo adverbio en -mente, y de haber ordenado a los correctores que, si se le hubiera deslizado alguno, lo eliminaran. Tiempo después, el nicaragüense Tomás Borge, militar y político y, a la sazón, escritor testimonial, al venir a Buenos Aires para la presentación de un libro suyo declaraba que, entre los méritos literarios de su obra, debía contarse el no haber utilizado en ella ni un solo adverbio en -mente. Se disculpará la obviedad de señalar que los logros de García Márquez, autor de una novela que en pocos años se convirtió en un clásico (*Cien años de soledad*), no radicarán solamente (y también pido disculpas por este adverbio) en la ausencia del mentado tipo de palabra y, viceversa, que su ausencia no garantiza buenos resultados.

Seguramente (y trataré de demostrar por qué no volveré a pedir aquí disculpas) quien se someta a esta “ley” no podrá llegar a escribir, si de otro modo pudiera, versos como éstos con que nuestro Juan L. Ortiz termina su poema “Ah, mis amigos, habláis de rimas...”:

No olvidéis que la poesía,
si la pura sensitiva o la ineludible sensitiva,
es asimismo, o acaso sobre todo, la intemperie sin fin,
cruzada o crucificada, si queréis, por los llamados sin fin,
y tendida humildemente, humildemente, para el invento del amor...

Cualquiera puede hacer la prueba de eliminar el fatídico sufijo de ese adverbio repetido y juzgar el resultado.

Por los mismos años en que un ignoto Gabriel García Márquez era celebrado en la revista *Primera plana* como un nuevo astro que aparecía para iluminar el firmamento, algo similar ocurría con otro novelista, tal vez el mejor dotado entre los argentinos que me ha tocado leer, y que, cosas de la cultura, hoy parece yacer sepultado en el olvido, en vida. (Algún día un arqueólogo encontrará en un anaquel polvoriento un ejemplar en extinción de *El amor, los Orsinis y la muerte* o *Cómico de la lengua* y anunciará: “he aquí un monumento”). Me refiero a Néstor Sánchez, quien supo escribir:

Preparar pacientemente, amorosamente, un estado de sinceridad irremisible.

Propongo nuevamente idéntica prueba de quitar el sufijo, o bien de remplazar los adverbios, y agradeceré a quien encuentre que la frase no ha perdido su piedra basal que lo haga conocer.

Si existe alguna regla de validez general sobre el uso de la lengua en la escritura, queda claro que no es la de marras, como tampoco la inversa: podrían, no lo dudo, esgrimirse infinidad de ejemplos de empleo innecesario, contraproducente, ineficaz o antiestético de adverbios con sufijo -mente, lo mismo que de gerundios, adjetivos en -ano y sustantivos en -miento, o viceversa.